

chaban numerosos coches llenos de oficiales heridos... Y con excepción del rumor producido por los carros y los coches, reinaba en Goito un silencio sepulcral como de ciudad deshabitada.

Los cuerpos de mi división se habían acampado á mano izquierda del camino que conduce de Goito á Cerlungo, y más lejos flanqueando la orilla derecha del Mincio. Los campos ofrecían un aspecto melancólico. Sólo se veían en ellos algunos grupos de soldados desparramados aquí y allí, que se ocupaban en desplegar sus tiendas empapadas en agua, y en limpiar sus armas y sus uniformes. Los demás permanecían debajo de las tiendas. Á cada instante llegaban nuevos soldados, que vagaban por el campamento sin dirección fija, en busca de su compañía, y como la mayoría de ellos habían perdido el morral, los palos y el lienzo, se estaban de pie, mano sobre mano y sin saber qué hacer, junto á las tiendas de sus compañeros, malhumorados, pesarosos, mirándose unos á otros con expresión de viajeros extraviados. No se oían tambores, ni cornetas, ni voces, ni rumor alguno por insignificante que fuera, de modo que cerrando los ojos habría podido creerse que todo el ejército estuviera durmiendo.

Llegado al sitio donde estaba acampado mi regimiento, métíme inmediatamente debajo de mi tienda, y ya en ella, sin pronunciar una sola palabra, echéme junto á mis compañeros que hacía más de una hora se encontraban allí. No nos saludamos; no cambiamos una palabra siquiera; á duras penas nos dirigimos una mirada: mudos é inmóviles como estábamos, no parecía sino que habíamos perdido la facultad de pensar.

De repente llegó á nuestros oídos un grito agudo procedente de las cercanías del campamento: siguió á éste otro más próximo: después un tercero más cercano todavía: diez, cien, mil voces, cual si se hubiesen puesto de acuerdo, rompieron á gritar, en todos los ámbitos del campamento, y se

oyó un rumor confuso de pasos precipitados. ¿Qué será? Echámonos fuera de la tienda. ¡Magnífico espectáculo! El regimiento en masa se dirigía á todo correr hacia la carretera de Goito; y no sólo el nuestro, sino también el de la derecha, el de la izquierda, y los que habían acampado más lejos, y todos se precipitaban hacia el camino como si fueran al asalto de una trinchera. Miré á los soldados: sus rostros habían cambiado, estaban convulsos, radiantes, exhalaban gritos de júbilo y llenaban el espacio sus largos y prolongados aplausos. Echamos á correr siguiendo la misma dirección: pasaron dos carabineros á caballo con los sables desenvainados marchando al trote: seguía un coche... todas las cabezas se descubrieron: de la inmensa muchedumbre extendida á lo largo del camino brotó un grito respetuoso, prolongado, intenso: los soldados se volvieron á sus puestos... Pero el campamento cambió de repente, renacieron en todos la fe y la esperanza, nadie volvió á entrar en las tiendas: la vida, la animación y la alegría surgió en todas partes sin que decayera un solo instante durante el día, las músicas tocaron los aires marciales de costumbre, viejas y queridas compañeras de nuestro entusiasmo, y nuestro corazón volvió á sentir la sublime embriaguez que dos días antes le embargaba.

— ¡Oh! — decíamos, — ¡se volverá á pelear, se volverá á pelear!...

— ¿Quién iba en aquel coche? — preguntó Carluccio con viva curiosidad.

— El rey.

IX

Al cabo Carluccio pudo dejar la cama, y el día que esto tuvo efecto nos dijo el médico:

— Amigos míos, tengo el deber de manifestar á ustedes que es de imprescindible necesidad que este muchacho vuelva á su casa. Al presente está completamente curado; pero el exceso más insignificante, sea de la clase que se quiera, puede serle fatal. Hecha la paz, es lo más seguro que dentro de algunos días volveremos la espalda á Venecia, marchando á Ferrara, desde Ferrara sabe Dios dónde: lo más probable es echarnos encima la friolera de quince ó veinte días de marcha, ó más aún, y no es posible que este muchacho pueda resistirlo: en el estado en que se encuentra le es indispensable descanso y tranquilidad, y esto no se alcanza haciendo caminatas de ocho horas cada día, y durmiendo sobre el duro suelo. Semejante vida no conviene en manera alguna á un chiquillo convaleciente; conqu... ya lo saben ustedes.

Dicho esto se largó, dejándonos la noticia muy pensativos. La verdad es que por más vueltas que le dimos, no encontramos razón plausible que oponer á las juiciosas palabras del médico. No cabía la menor duda respecto de la imprescindible necesidad de que el muchacho volviera á su casa; pero ¿cómo lograrlo? Lo que es á la suya, imposible, si no queríamos condenarlo á que pereciera de pasión de ánimo. ¿Adónde, pues? Se pensó, se consultó y se discutió, y no acertábamos á tomar resolución alguna, de suerte que estábamos casi decididos á prescindir completamente de las indicaciones del médico, cuando un oficial paduano, bravo muchacho, de tanto corazón que á haber dado un poco de él á cada uno de los individuos del regimiento, aún le habría sobrado buena parte, nos dijo:

— Me encargo yo de ello con tal que sepa su apellido y dónde vive. Lo pondré bajo la protección de mi familia, á la cual escribiré hoy mismo. Protegido por los míos, podrá vivir con su madrastra, y si fuese necesario, se quedará en mi casa, donde permanecerá mientras sea menester. Os doy de ello palabra formal. ¿Qué os parece?

La proposición fué aceptada unánimemente con un clamoroso «magnífico» y un palmoteo general sobre la espalda del proponente, que hizo levantar de la levita todo el polvo que sobre ella se había depositado durante el ejercicio.

— Pero ahora viene lo difícil, — añadió desprendiéndose de nosotros, merced á algunos pellizcos convenientemente distribuidos.

— ¿Qué es ello? — preguntamos.

— Persuadirle.

— Esto corre de mi cuenta, — dije, y nos separamos.

Aquella misma tarde, antes de ponerse el sol, en tanto que estábamos charlando unos diez ó doce, junto á la tienda del cantinero, llegóse á nosotros el oficial paduano de que dejo hecha mención, y sin hacer caso de nuestra charla puso término á ella, diciéndonos de golpe y porrazo.

— Se ha firmado un nuevo armisticio: podemos alejarnos del campamento. ¿Quién viene á ver Venecia?

— Yo, — respondimos todos á la vez.

— ¿Ahora mismo?

— Ahora mismo.

Y emprendimos la caminata.

— Carluccio, vén. Vamos á ver Venecia.

Desde el sitio en que se hallaba establecido el campamento, cerca de Mestre, no se veía Venecia; pero en menos de una hora podíamos trasladarnos á un punto desde el cual se distinguía perfectamente. Bastaba para ello tomar la carretera que va desde Padua á Mestre y situarnos en el lugar en que se encuentra una senda existente en la parte más elevada de un dique ó ribazo, que por el lado de Venecia llega á Fusina á lo largo de la playa de la laguna. En dicho lugar existe un grupo de casas de campo, y una hostería que goza justa y merecida fama, principalmente por dos de las caritas más bellas que haya visto desde que tengo ojos en la cara. Tomamos, pues, el camino de Padua, y nos

dirigimos á dichas casas. En cuanto dejáramos á nuestra espalda la hostería, que era el último de los edificios, debía ofrecerse de repente á nuestros ojos la suspirada Venecia. La mayor parte de nosotros no la había visto, y por lo tanto, á medida que nos acercábamos á las casas, nos latía con más fuerza el corazón.—Al fin la veremos,—pensábamos,—la veremos al fin esa bendita ciudad, tan suspirada, tan soñada y tan invocada.—Y contábamos los pasos, los minutos y los segundos, mirándonos unos á otros y sonriendo. De repente uno de los nuestros, exclamó: — ¡Allí está! — Detuvimos: estremecíme de los pies á la cabeza, y sentí que la sangre circulaba con más fuerza. Nadie desplegó los labios.

Delante de nosotros se extendía un dilatado espacio de terreno inculto y desnudo, salpicado de charcos y pantanos, al otro lado del cual veíase brillar en lontananza una parte de la laguna, y al lado de allá de la misma, Venecia. Ofrecíase ésta á nuestras miradas como envuelta en una nube de gasa tenue y azulada, que le comunicaba un no sé qué de delicado y misterioso. Á la izquierda el puente inmenso y ligero, que la enlaza á la tierra firme. A la derecha, pero mucho más lejos, la robusta fortaleza de San Jorge, y más allá aún, otros fuertes esparcidos por las lagunas, que, atendida la distancia, parecían sólo diminutos puntos negros. Era un espectáculo encantador. El sitio en que nos hallábamos estaba completamente desierto, y soplaba una brisa que, meciendo suavemente las copas de los árboles, producía el único rumor que turbaba el profundo silencio de aquella soledad.

Nadie chistaba: todos contemplábamos atónitos la ciudad.

— ¡Ea! — gritó de repente uno de mis compañeros, buen muchacho si los hay, pero gran amigo de la broma y el jaleo, y dispuesto siempre á destapar una botella. — ¡Ea! No nos estemos aquí haciéndonos los sentimentales. ¿Quién me acompaña á beber unas copas?

Asintieron unos con la palabra, otros con el gesto: Car-

luccio fué á la hostería en busca de algunas botellas, y nosotros nos sentamos en lo más alto del ribazo, con el rostro vuelto hacia Venecia.

— ¡Ahí está el consuelo de los afligidos! — exclamó aquel mi amigo, refiriéndose á las botellas que nos traían.— Sabido es, señores y amigos míos, que nosotros los militares, en campaña, no nos andamos en repulgos ni migajitas. Nada de gotas, trago largo, y si dentro de un rato hay quien se sienta con ganas de cantar, mejor que mejor, que al fin nada tiene de extraño.

— Oye, tú, paduano, cántanos alguna de las innumerables barcarolas de tu vasto repertorio, ya que, queramos ó no, las estás repitiendo de la noche á la mañana.

— Bien pensado, sí, cántanos una barcarola.

— Yo, no, pedídselo á éste,— dijo el paduano refiriéndose á uno que estaba cerca de él, que se las echaba de poeta y de tenor.— Pedidle que improvise una canción, y lo hará mejor que yo, pues es del oficio.

— Ánimo, señor poeta, dijeron todos á la vez, venga esa canción, venga esa música, venga ese canto,... ó no respondemos de nosotros.

Tengo para mí que aquel á quien tales palabras iban dirigidas, traía ya dispuesta y aparejada en la cabeza una bella poesía, porque sin hacerse rogar, antes con verdadera complacencia, aceptó la invitación que se le dirigía; mas para no faltar un punto á la verdad es indispensable consignar que sus versos fueron adocenados, versecillos campestres en suma, que es como si dijéramos ropa de desecho.

— Sería menester una guitarra.

— ¿Dónde diablos quieres encontrarla? ¿Presumes por ventura que se encuentran aquí guitarras como si fuesen piedras?

— Aguarda, aguarda,— interrumpió un tercero echando á correr hacia la hostería, de la cual regresó en breve trayendo